

Lentitud, pensamiento, escritura

AUTOR:

Pablo Celis

Profesor Investigador Faro UDD.
Sociólogo, Universidad Alberto Hurtado.
Magíster en Ciencia, Tecnología y Sociedad,
Universidad Alberto Hurtado.

Lentitud, pensamiento, escritura

Pablo Celis

I. Introducción

En una de las tantas meditaciones que conforman su libro *En todo hay una grieta y por ella entra la luz*, el escritor argentino Patricio Pron sostiene: [1]

Uno debería desarrollar un método de escritura de excepcional eficacia que pudiera ser puesto a prueba en las circunstancias más difíciles y a continuación tendría que abandonar ese método y concebir otro, que, después de demostrar su valor, también debería ser dejado de lado: solo así los lectores tendrían —a cambio del temblor del reconocimiento, que siempre es fugaz— la satisfacción de saber que el escritor que han estado leyendo sigue intelectual y emocionalmente vivo, que continúa buscando algo y que, de ese modo, tiene más posibilidades de encontrarlo que si no lo buscara.

Lo sugerido por Pron, a primera vista, invita a pensar la cuestión de la escritura, su estatuto y su acaecimiento como un ejercicio productivamente incompleto. Sería un atrevimiento iterativo, que, al mismo tiempo, es proclive a ser desechado. Abandonado.

Junto con esto, las palabras de Pron, también apuntan a otra dirección. O, en otras palabras, cobijan una segunda lectura que discurre en sintonía con la anterior y cuya expresión tiene que ver con el oficio, metodismo y tiempo en que no solo se inscribe la escritura, sino también su producción y su puesta en escena. Es decir, a nivel de sus montajes, soportes y condiciones de posibilidad.

Sin embargo, lo clave que se desprende estriba, a nuestro juicio, en que la trama temporal, material y práctica de la escritura en vez de orientarse a un término, reclamando un régimen de sentido estanco y definido, procede, más bien, de manera frágil y precaria. Es a través de sus fisuras, indeterminaciones y fallas que esta logra, en consecuencia, atender a ese “algo” de una manera incompleta pero persistente para, así, abrirse a nuevas formas, estilos y procedimientos.

La decisión de empezar este ensayo haciendo alusión al fragmento de Pron no ha sido antojadiza ni mucho menos pensada como un mero *cliché* estético-literario. El motivo de su incorporación se debe, más bien, a que pensar con y en relación a dicho texto invita, sutilmente, a confrontar críticamente la manera en que el presente y su acelerada fuerza intempestiva han orientado, aceleradamente, a su vez, las operaciones del pensamiento y la escritura en las ciencias sociales y humanidades.

En otros términos, da la sensación que la demanda actual (frente al acelerado advenimiento de nuevas formas de vidas, entramados sociales y configuraciones tecno-culturales) es que el pensamiento científico social y humanista debiera corresponderse irrestrictamente con los regímenes temporales, prácticos y experienciales que se fundan en el seno de estos plexos transformativos. En ese sentido, los llamados, supuestamente reivindicativos, que se hacen para que las ciencias sociales y humanidades puedan “responder” y/o “interpretar” los desafíos ecológicos, morales y sociotécnicos de la época tienden, conforme se impulsa ese afán hermenéutico, a circunscribir el pensamiento a una temporalidad, disposición y relación con el mundo ya delimitada y perfilada.

De ahí que entonces, si seguimos a Pron, podríamos interrogarnos: ¿cabe la posibilidad de que el pensamiento social y la escritura pueda vivirse en un fructífero abandono y reinvención? ¿De qué manera podría abrazarse otra disposición interrogativa con el mundo? ¿Qué otros lenguajes y poéticas podrían emerger?

Con estas preguntas de fondo, el propósito de este breve ensayo es explorar la relación entre mundo, tiempo y pensamiento. Para ello posicionaremos la cuestión de la lentitud del pensamiento no como un asunto únicamente basado en la temporalidad, sino que como una disposición y estado frente al mundo. Es decir, como una particular relación de afectación con lo real la cual, a contrapelo de la acelerada facticidad que entreteje nuestras formas de vidas contemporáneas, se vuelve un espacio fructífero para que otras formas de escritura, de teorización e inteligibilidad del mundo adopten, por un lado, una naturaleza contingente y, por otro, una multiplicidad de posibilidades.

II. Presente y desbocamiento

El presente y sus formas de acontecer parecen estar impresos de fuerzas tan incombustibles como irrebasables. Convivimos con tiempos y mundos que proliferan, se deshacen, reinventan e instituyen. Esta condición, actual e inmediata a la que asistimos, no solo se presenta como el anclaje y la textura de lo real, sino también, en virtud de su desenvolvimiento, como el ámbito objetual y fenoménico que pone en escena, performa y direcciona la vocación interrogativa e interpretativa que (idealmente) debe primar en las humanidades y las ciencias sociales.

Estos saberes, fruto de las delimitaciones ontológico-epistémicas que los cimentan, vale decir, en relación con sus objetos potencialmente cognoscibles y de las condiciones de posibilidad de los primeros, serían, de acuerdo con la semántica que impera hoy en día, los más predilectos para emprender aquella titánica empresa de pensar, teorizar y conceptualizar lo que ocurre. Si esto comporta algo de exactitud o de inexactitud, no cabe, nos parece, ser tematizado aquí. El asunto versa, más bien, cuando el presente y sus configuraciones se convierten en ejes rectores del pensamiento. En otros términos, cuando el radical y acelerado acaecimiento del presente determina, a su vez, las formas y registros con que este es pensado.

En ese sentido, el interés por hacer inteligible nuestra condición no estaría circunscrito solo a un afán descriptivo, sino también atravesado y modelado por una urgencia que, si bien resulta, en ciertos momentos, ineludible (frente a los fenómenos que acontecen), arrastra al pensamiento hacia una irrefrenable ansiedad.

Esta ansiedad se expresa en cómo el pensamiento, en relación con el presente, es absorbido, administrado y cooptado por las lógicas temporales de este último, llevando a que la reflexión y la teorización incurran, por un lado, en un fetiche de lo inmediato y, por otro, en el abandono de auscultar, contestar y problematizar las condiciones de posibilidad categoriales y escriturales que se configuran para interrogar el presente.

El aspecto problemático de ambos reversos negativos existentes en las prácticas interrogativas no solo está contenido en aquella ligazón impotente y ansiosa que se gesta entre la pretensión de legibilidad y la condición del presente, sino también en el desconocimiento del desborde que constituye y atraviesa a este último.

En otras palabras, se asume, si se quiere, el presente, el mundo y lo real sobre la base de un punto de referencia fijo y sedimentado en sí mismo desatendiendo las rupturas, mixturas temporales, dislocaciones y desplazamientos que tensionan lo que típicamente (incluso en nuestros tiempos) hemos conceptualizado en las ciencias sociales y humanidades como cultura, humano, vida, naturaleza, técnica, lenguaje, subjetividad, trabajo, comunicación, entre otros.[2]

Si el mundo, como sostienen Jean-Luc Nancy y Aurélien Barrau, ha entrado en un movimiento de indefinida expansión que desestabiliza nuestros métodos para actuar y pensar en este, “¿podemos todavía hablar de una ‘naturaleza’? ¿De la ‘materia’? ¿De la ‘historia’?”[3]

Estas interrogantes, dada la sospecha que comportan, no sugieren, sin embargo, en contrapartida a la tensión descrita anteriormente, que se abandone el pensamiento, el interés por hacer legible algo o incluso escribir frente a órdenes fenoménicos cuyas escalas y alcances temporales nos trascienden. Dicho de otro modo, no se trata de claudicar ni de subsumirse en una imposibilidad paralizante.

La cuestión en juego más bien radica en sostener esa búsqueda de “algo” — en tanto búsqueda inacabada— a la que hacía alusión Pron en el fragmento del comienzo, pero en virtud de una afectación distinta con el mundo a partir de la cual los entramados categoriales, procedimientos escriturales y formas de teorización, resistiendo la tentación ansiosa de la inmediatez, puedan concurrir reconociendo tanto la potencialidad del abandono y de la reinención como también de sus constitutivas precariedades para, de ese modo, proceder “lentamente” frente a mundos que van más allá de sí mismos. El alcance llegaría a distintas formas de vida que mutan y transgreden sus formas y tiempos que colapsan sus propias temporalidades.

Así las cosas, ¿qué significaría asumir un gesto “lento” del pensamiento y de la escritura? Intentaremos responderlo en la siguiente sección.

III. Lentitud, afectación, experimentación

Referirse a la lentitud en un mundo que, como bien sabemos, no procede de ese modo puede parecer, para todos los efectos, una quimera. Pensarla, sería, una labor improductiva, innecesaria y carente de sentido. La lentitud, dada su casi consumada inexistencia, cuando se vincula con las operaciones del pensamiento y la escritura, pareciera arrastrarnos a una conversación sobre los sustratos temporales y los andamiajes prácticos de esas operaciones, los cuales, ya desfallecidos, suscitan diversos apegos nostálgicos y melancólicos respecto a un mundo, a una época y una situación ya acontecida.

En ambos casos, como se puede ver, la lentitud parece estar confinada a una experiencia temporal radicalmente ajena y distante. De esta manera, de ella, en el presente, no se desprende sino una imposibilidad constitutiva que, frente a los intentos por rehabilitarla, termina adoptando el cariz de un anhelo puramente romántico.

Ahora bien, estas típicas acepciones respecto a la lentitud y sus precarios rendimientos en el presente se explican, nos parece, porque están (ya de antemano) ancladas a los regímenes temporales y prácticos actuales que establecen una relación particular con el mundo. En otros términos, la facticidad temporal que entreteje al mundo subsume, simultáneamente, las posibilidades y despliegues de la lentitud si es que es pensada, restrictivamente, en clave puramente temporal. Sin embargo, la lentitud, concebida más allá de una modulación temporal, si se la piensa en relación al pensamiento, la escritura y el mundo, invita, de manera distinta, a que la podamos atender como una particular forma de afectación con el mundo.

Sustraída de su constreñimiento temporal, que la lentitud pueda comprenderse como una afectación reside en que esta se presenta bajo la forma de modos de relación y de encuentro con el mundo los cuales, suspendiendo las lógicas y estructuras ancladas a órdenes predefinidos, asumen un compromiso distinto con la contingencia e inacabamiento de lo real.

Lo medular de la lentitud como una afectación-otra con el mundo no radica en una simple interacción tácita con la realidad, sino más bien en la restitución de un espesor relacional y experiencial con las fuerzas, objetos, formas de vida, prácticas, transformaciones y eventos que tienen lugar en ella.[4]

Así las cosas, en las ciencias sociales y humanidades proceder “lentamente”, particularmente a nivel del pensamiento y la escritura, se traduce en un tipo de afectación que, reconociendo la fuerza avasalladora del presente, no se sutura y clausura bajo el supuesto de un tiempo presente y mundo ya delimitado, sino que permanece abierto y co-implicado con la naturaleza inventiva y experimental que articula al mundo y las formas de vidas en las que estamos enmarañados.

Escribir y pensar en virtud de lo anterior conduce, en consecuencia, a la suspensión, en primer lugar, de cualquier intento de formulación teleológica y, en segundo lugar, de la reclamación de algún tipo de respuesta, solución o imperativo descriptivo respecto del mundo, lo humano y el presente. Esto último no sugiere que la escritura y el intento de hacer cognoscible algo esté, en su defecto, condenado al fracaso y a lo improductivo. Asimismo, tampoco estriba en posicionar el pensar y la escritura como operaciones remitentes a algún tipo de reificación con el mundo, vale decir, a cierta forma de extrañamiento y radical distanciamiento que terminan por rehuir el conocimiento científico-social y humanista y sus tecnologías de inteligibilidad del ansia de aprehensión.

La lentitud, como afectación del pensamiento y la escritura en los ámbitos disciplinares humanistas, pretende, más bien, sostener una vacilación incombustible con el mundo. En persistir mediante gestos interrogativos reacios a consumarse rápidamente. En acoger los equívocos, las fragilidades y las tensiones como instancias donde lo in(decible) no se torna como lo superable y alcanzable, sino la condición de posibilidad misma de una disposición distinta con el mundo la cual, reconociendo sus intersticios, se sustrae de cualquier fijación, esencia e intencionalidad previamente concebida para sí misma como con sus objetos de interrogación. En asumir una relación que, por un lado, admita la incompletitud epistémica y categorial y, por otro, reconozca la plasticidad ontológica de las formas de vida y de las entidades que pueblan el mundo.

Este “entremedio” o condición liminal (tanto epistémica como ontológica), en cuanto a la escritura y al pensamiento se refiere, da paso a que ambos se piensen más allá de las capacidades facultativas que ofrecen para la producción de conocimiento. Así, discurriendo de manera aparejada a esta afectación lenta y al ser pensados más allá de ese rol facultativo, se vuelven prácticas que, en virtud del reconocimiento de esas incompletitudes señaladas anteriormente, también asumen una capacidad experimental y reinventiva.

La lentitud, en ese sentido, en tanto afectación y relación con el mundo impresa de un movimiento inacabado e interrogativamente abierto, deviene, a su vez, como un espacio de ensayos, composiciones e imaginaciones donde el acto de escribir y pensar, en vez de ser solo operaciones estructuradas a partir de rendimientos descriptivos y referenciales, más bien aparecen como médiums, modos y experiencias experimentales radicalmente plásticas y generativas.

Una primera expresión de esa plasticidad experimental puede hallarse en la multiplicidad de estilos, métodos y sensibilidades que orientan lo que típicamente se entiende por voz autoral, que muta, desiste y se abre resistiendo toda pretensión terminal que, comúnmente, se presenta bajo el supuesto de un procedimiento estilístico pulcramente depurado y alcanzado. Pensando con y más allá del gesto autoral, lo clave de la radicalidad experimental que ofrece la lentitud como escena compositiva (sin desconocer, por cierto, lo anterior) radica en el tipo de encuentro y orientación mutuamente inventiva que permite que se geste entre el pensamiento, la escritura y el mundo.

Este último, en ese sentido, dados sus desbordes e irreductibles exuberancias transformativas en torno a la vida y a lo humano, más que solo ser un dominio objetual susceptible de ser interrogado, se convierte en una fuerza reverberante que convoca, de manera lenta y procesual, al pensamiento y a la escritura a experimentar e inventar, de manera iterativa, nuevos modos, prácticas y formas conceptuales en relación y desde la condición actual.[5]

La lentitud, desde esta perspectiva, es un espacio que custodia ese "entre-lugar" frente a la impotencia y acelerada ansiedad a la que nos remitíamos en pasajes anteriores. De esta forma, suspendido todo telos e intencionalidad dualista que reclama que el afuera, lo real o el mundo sean formalmente y rápidamente problematizados, la trama compositiva y experimental de la lentitud permite, en cambio, restituir el deseo y el sentido inacabadamente figurativo e imaginativo que constituyen el pensar y la escritura cuando se enfrentan a las formas de vida y ensamblajes socioculturales de un presente, también, indefinidamente plástico. Como afectación y plexo habilitante, la potencia experimental de la lentitud produce, en consecuencia, que la escritura y el pensamiento, siguiendo a Jean-Luc Nancy, no se materialicen en significados mostrables ni demostrables, sino en gestos y médiums que pretenden dirigirse a algo que resiste ser plenamente capturado.[6]

Por esta razón, cuando hablamos de reposicionar el deseo y el sentido no nos referimos a poner en escena el tradicional anhelo representacional del conocimiento que tiene, como expresión, aquella pretensión intelectual cuya ejecución (para efectos de su eficacia, comprensión y proyección) requiere como soporte un régimen cognitivo-formal autocontenido.

Más bien, de ambos, lo que se desprende no es más ni menos que el intento de hacer de nuestras formas de producción de conocimiento, teorización y problematización escenarios de excitabilidad para y con el mundo. [7] En otras palabras, de abrazar una pulsión excitable que hace de la lentitud de la escritura y el pensamiento experimentos radicalmente deseantes, encarnados y expuestos a la sinuosidad del mundo.

Con esto en mente, escribir y pensar en clave lenta son experiencias y prácticas de experimentación con la palabra, con los gestos conceptuales y con los estilos a partir de los cuales se exudan deseos, sentidos y ansias de comprensión indefinidas que pretenden, por tanto, intimarse simultáneamente con la indefinición de las formas de vidas y las complejas configuraciones histórico-epocales en las que estamos amalgamados y sobre las cuales nos volcamos interpretativamente.

Lo que emerge, en consecuencia, es una inmersión virtuosamente vertiginosa y creativa hacia dominios inciertos los cuales, frutos de su no resolución, conducen a que la experiencia del conocer se vea permeada de una multiplicidad de vicisitudes sobre el estatuto de las relaciones, comunicaciones, sensaciones e imaginaciones que se fraguan con lo real. [8] No obstante, un punto interesante a este respecto es que estas tensiones y fricciones que están en la base del conocimiento, la escritura y el pensamiento están lejos de ser consideradas “baches” que hay que franquear para archivar una práctica intelectual satisfactoriamente resuelta.

Más bien, su reivindicación tanto a nivel práctico como afectivo para la producción de conocimiento se debe a lo siguiente: ponen de relieve como la fluida y enmarañada experimentación de las entidades humanas y no humanas que ensamblan nuestros mundos. Además, una vez que infiltran y remecen a las operaciones intelectuales que se construyen para pensarlas, posibilita que la lentitud aparezca no solo como un tiempo-otro a contrapelo, sino que como ese espacio con un horizonte compositivo desde donde la escritura y el pensamiento adquieren un espesor textural equívoco y precario que invita, en efecto, de manera iterativa, a probar, ensayar y abrirse a registros, imágenes, movimientos y nuevas poéticas acéfalas y desancladas de regímenes de sentido estancos frente a un mundo que, a fin de cuentas, no es estanco.

IV. A modo de coda

Si se trata de dar un cierre, tarea, por cierto, siempre imposible para un texto, nos parece que la mejor forma es volver a la provocación y planteamiento de Pron presente al principio. En particular, cuando sugiere que entre la escritura y el abandono surge una vida. Una posibilidad otra frente a algo que nunca se clausura y que, por consiguiente, invita a seguir buscando.

La lentitud, creemos, puede ser germen y el virtuoso parásito experiencial para persistir en esa vida, afectivamente mediada, que entrecruza al pensamiento y a la escritura. Por ello, desde su locus afectivo, compositivo y experimental, las empresas intelectivas devienen, entonces, en atrevimientos e impulsos. Excitaciones que se hallan tanto a contrapelo de la aceleración y el descentramiento del mundo como en un intimismo resonante con él para, en suma, hallar nuevas formas de mirar y comprender.

En otras palabras, como sostiene Pron, incurrir en el dejar de lado. Abandonar. Concebir y persistir. En intentar, lentamente, seguir vivo emocional e intelectualmente. En escribir y pensar asumiendo una vulnerabilidad sustraída del triunfo, del principio y de lo que admite resolución.

Referencias

- [1] Pron, Patricio. *En todo hay una grieta y por ella entra la luz*. Editorial Anagrama, 2026.
- [2] Vogl, Joseph. «The Real and the All-Too-Human». *Parrhesia*, n.º 22 (2015): 16-21.
- [3] Nancy, Jean-Luc, y Aurélien Barrau. *What's These Worlds Coming To?* Fordham University Press, 2015.
- [4] Stewart, Kathleen. «In the World That Affect Proposed». *Cultural Anthropology* 32, n.º 2 (2017): 192-198. [Disponible aquí.](#)
- [5] Rees, Tobias. *After Ethnos*. Duke University Press, 2018. [Disponible aquí.](#)
- [6] Nancy, Jean-Luc. *Corpus*. Arena Libros, 2003.
- [7] Santner, Eric. *Untying Things Together: Philosophy, Literature, and a Life in Theory*. University of Chicago Press, 2022.
- [8] Pandian, Anand. *A Possible Anthropology: Methods for Uneasy Times*. Duke University Press, 2019.

Otros Faro en Debate:

- **Faro en Debate N° 41:** La danza del bosque. Nietzsche y la visión dionisiaca.
- **Faro en Debate N° 40:** Iluminar la oscuridad: 50 años sin Hannah Arendt.
- **Faro en Debate N° 34:** Suicidio gradual por el encogimiento del alma. La relevancia de las humanidades ayer y hoy.

PARA CITAR ESTE DOCUMENTO:

Celis, P. (2026). *Lentitud, pensamiento, escritura* (Faro en Debate, septiembre de 2026). Faro UDD.

Faro UDD

Núcleo de Humanidades y Ciencias Sociales



Faro UDD es un centro interdisciplinario de humanidades y ciencias sociales creado por la Universidad del Desarrollo. Ha sido concebido como un espacio académico de reflexión, que busca contribuir al bienestar de Chile y sus ciudadanos, mediante la generación de contenidos sólidos, el enriquecimiento del debate público nacional, y la formación de talento académico joven, todo ello en relación con la fundamentación ética de la democracia representativa y de la sociedad libre.

 **@faro_udd**

 **@faro_udd**

 **faro udd**

 **faro@udd.cl**

 **www.faro.udd.cl**